

Byung-Chul Han

La desaparición
de los rituales

Una topología del presente

Traducción de
Alberto Ciria

Herder

Título original: Die Überwindung der Gleichgültigkeit. Sinnfindung in einer Zeit des Wandels

Traducción: María Luisa Veá Soriano

Diseño de la cubierta: Gabriel Nunes

© 2017, Kösel-Verlag, München

© 2020, Herder Editorial, S. L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-4354-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Imprenta: QPPrint

Depósito legal: B-13786-2020

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| PREFACIO | 9 |
| PRESIÓN PARA PRODUCIR | 11 |
| PRESIÓN PARA SER AUTÉNTICO | 29 |
| RITOS DE CIERRE | 41 |
| FIESTA Y RELIGIÓN | 53 |
| JUEGO A VIDA O MUERTE | 65 |
| FINAL DE LA HISTORIA | 75 |
| IMPERIO DE LOS SIGNOS | 81 |
| DEL DUELO A LA GUERRA DE DRONES | 91 |
| DEL MITO AL DATAÍSMO | 99 |
| DE LA SEDUCCIÓN A LA PORNOGRAFÍA | 109 |
| BIBLIOGRAFÍA | 117 |

PREFACIO

En este ensayo los rituales no definen un lugar añorado. Más bien constituyen un fondo de contraste que servirá para trazar más nítidamente los contornos de nuestra sociedad. Se esbozará sin nostalgia una genealogía de su desaparición. Pero esa genealogía no se interpretará como la historia de una emancipación. A lo largo de ella se irán perfilando las patologías del presente, y sobre todo la erosión de la comunidad. Al mismo tiempo se reflexionará sobre otros estilos de vida que serían capaces de liberar a la sociedad de su narcisismo colectivo.

PRESIÓN PARA PRODUCIR

Los ritos son acciones simbólicas. Transmiten y representan aquellos valores y órdenes que mantienen cohesionada una comunidad. Generan una *comunidad sin comunicación*, mientras que lo que predomina hoy es una *comunicación sin comunidad*. De los rituales es constitutiva la *percepción simbólica*. El símbolo, palabra que viene del griego *symbolon*, significaba originalmente un signo de reconocimiento o una «contraseña» entre gente hospitalaria (*tessera hospitalis*). Uno de los huéspedes rompe una tablilla de arcilla, se queda con una mitad y entrega la otra mitad al otro en señal de hospitalidad. De este modo, el símbolo sirve para reconocerse. Esta es una forma peculiar de repetición:

Re-conocer no es: volver a ver una cosa. Una serie de encuentros no son un *re-conocimiento*, sino que *re-conocer* significa: reconocer algo como lo que ya se conoce. Lo que constituye propiamente el proceso de «instalación en un hogar» —utilizo aquí una expresión de Hegel— es que todo *re-conocimiento* se ha desprendido de la contingencia de la primera presentación y se ha elevado al ideal. Esto lo sabemos todos. En el *re-conocimiento* ocurre siempre que se conoce más propiamente de lo que fue posible en el momentáneo

desconcierto del primer encuentro. El *re-conocer* capta la permanencia en lo fugitivo.¹

Al ser una forma de reconocimiento, la percepción simbólica percibe lo duradero. De este modo el mundo es liberado de su contingencia y se le otorga una permanencia. El mundo sufre hoy una fuerte carestía de lo simbólico. Los datos y las informaciones carecen de toda fuerza simbólica, y por eso no permiten ningún reconocimiento. En el vacío simbólico se pierden aquellas imágenes y metáforas generadoras de sentido y fundadoras de comunidad que dan estabilidad a la vida. Disminuye la experiencia de la duración. Y aumenta radicalmente la contingencia.

Los rituales se pueden definir como *técnicas simbólicas de instalación en un hogar*. Transforman el «estar en el mundo» en un «estar en casa». Hacen del mundo un lugar fiable. Son en el tiempo lo que una vivienda es en el espacio. Hacen *habitabile* el tiempo. Es más, hacen que se pueda *celebrar* el tiempo igual que se festeja la instalación en una casa. Ordenan el tiempo, lo acondicionan. En su novela *Ciudadela*, Antoine de Saint-Exupéry describe los rituales como *técnicas temporales de instalación en un hogar*:

Y los ritos son en el tiempo lo que la morada es en el espacio. Pues bueno es que el tiempo que transcurre no nos dé la sensación de gastarnos y perdernos, como al

1 H.-G. Gadamer, *La actualidad de lo bello*, Barcelona, Paidós, 1991, pp. 113-114.

puñado de arena, sino de realizarnos. Bueno es que el tiempo sea una construcción. Así voy de fiesta en fiesta, y de aniversario en aniversario, de vendimia en vendimia, como cuando iba de niño de la sala del consejo a la sala del reposo en la anchura del palacio de mi padre, donde todos los pasos tenían un sentido.²

Al tiempo le falta hoy un armazón firme. No es una casa, sino un flujo inconsistente. Se desintegra en la mera sucesión de un presente puntual. Se precipita sin interrupción. Nada le ofrece *asidero*. El tiempo que se precipita sin interrupción no es *habitabile*.

Los rituales dan estabilidad a la vida. Parafraseando las palabras de Antoine de Saint-Exupéry, se puede decir que *los rituales son en la vida lo que en el espacio son las cosas*. Para Hannah Arendt es la *durabilidad de las cosas* lo que las hace «independientes de la existencia del hombre». Las cosas tienen «la misión de estabilizar la vida humana». Su objetividad consiste en que

brindan a la desgarradora mutación de la vida natural [...] una mismidad humana, una identidad estabilizante que se deduce de que día a día, mientras el hombre va cambiando, tiene delante con inalterada familiaridad la misma silla y la misma mesa.³

2 A. de Saint-Exupéry, *Ciudadela*, Madrid, Alba, 2017.

3 H. Arendt, *Vita activa oder Vom tätigen Leben*, Múnich, Piper, 2002, p. 163 [trad. cast.: *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 2003].

Las cosas son polos estáticos estabilizadores de la vida. Esa misma función cumplen los rituales. Estabilizan la vida gracias a su *mismidad*, a su *repetición*. Hacen que la vida sea *duradera*. La actual presión para producir priva a las cosas de su durabilidad. Destruye intencionadamente la duración para producir más y para obligar a consumir más. *Demorarse* en algo, sin embargo, presupone cosas que *duran*. No es posible *demorarse* en algo si nos limitamos a gastar y a consumir las cosas. Y esa misma presión para producir desestabiliza la vida eliminando lo *duradero que hay en ella*. De este modo destruye la *durabilidad de la vida*, por mucho que la vida se prolongue.

El *smartphone* no es una cosa en la acepción que Hannah Arendt da al término. Carece justamente de esa *mismidad* que da estabilidad a la vida. Y tampoco es especialmente *duradero*. Se distingue de cosas tales como una mesa, que yo tengo ante mí en su *mismidad*. Sus contenidos mediáticos, que acaparan continuamente nuestra atención, son cualquier cosa menos idénticos a sí mismos. Su trepidante alternancia no permite *demorarse* en ellos. El desasosiego inherente al aparato lo convierte en un trasto. Además nos hace adictos y nos obliga a echar mano de él, mientras que de una cosa no deberíamos sentir que nos *mete presión*.

Son las formas rituales las que, como la cortesía, posibilitan no solo un bello trato entre personas, sino también un pulcro y respetuoso manejo de las cosas. En el marco ritual las cosas no se consumen ni se gastan, sino que se *usan*. Por eso pueden llegar a hacerse *antiguas*. Por el contrario, bajo la presión para

producir nosotros nos comportamos con las cosas, es más, con el mundo, consumiendo en lugar de usando. En contrapartida, ellas nos *desgastan*. Un consumo sin escrúpulos hace que estemos rodeados de un desvanecimiento que desestabiliza la vida. Las prácticas rituales se encargan de que tengamos un trato pulcro y sintonicemos bien no solo con las otras personas, sino también con las cosas:

Con ayuda de la misa los sacerdotes aprenden a manejar pulcramente las cosas: sostener con cuidado el cáliz y la hostia, limpiar pausadamente los recipientes, pasar las hojas del libro. Y el resultado del manejo pulcro de las cosas es una jovialidad que da alas al corazón.⁴

Hoy consumimos no solo las cosas, sino también las emociones de las que ellas se revisten. No se puede consumir indefinidamente las cosas, pero sí las emociones. Así es como nos abren un nuevo e infinito campo de consumo. Revestir de emociones la mercancía y —lo que guarda relación con ello— su estetización están sometidos a la presión para producir. Su función es incrementar el consumo y la producción. Así es como lo económico coloniza lo estético.

Las emociones son más efímeras que las cosas. Por eso no dan estabilidad a la vida. Además, cuando se consumen emociones uno no está referido a las cosas, sino a sí mismo. Se busca la autenticidad emocional.

4 P. Handke, *Phantasien der Wiederholung*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1983, p. 8 [trad. cast.: *La repetición*, Madrid, Alianza, 2018].